

HOMENAJE A RAFAEL DEL ÁGUILA

Sandra Chaparro
Licenciada en Historia y Derecho

Rafael del Águila ya no está entre nosotros pero nos ha dejado un legado: sus libros. Sus amigos compañeros y discípulos quisiéramos hacer un gran esfuerzo para lograr que sus ideas sigan vivas y precisamos, para ello, de colaboración. Sé que muchos de ustedes le habrán leído, otros no. Pero tengan presente que el mejor homenaje que le podemos hacer es pensar sobre los problemas sobre los que reflexionó, identificar en nuestras vidas cotidianas las disfunciones que él señaló y nunca dejar de conversar y debatir sobre lo que es mejorable en el mundo de la política. Rafael del Águila siempre defendió la importancia de la conversación. Era un politólogo excelente y una persona sinceramente preocupada por los avatares de la política actual. En el fondo era un ser humano que, si hemos de creer a Aristóteles, hacía gala de lo que es la función más propia del ser humano: hablar y utilizar el poder de la palabra para mejorar las condiciones de vida de la gente. Los especialistas han analizado sus ideas mucho mejor de lo que yo podría hacerlo. Lo que creo que puedo aportarles es una visión de conjunto de su trabajo, una breve descripción del esqueleto que late tras el conjunto de su obra de y los proyectos que tenía para el futuro, ciertos atisbos sobre la evolución de sus ideas. Trabajamos muchos años juntos, a veces incluso en el mismo tema, como en el caso del Maquiavelo. Lo que quisiera es, al hilo de un sucinto comentario de la obra, acercarlos al autor, a ese ser humano que cogía la pluma o tecleaba en el ordenador.

Rafael del Águila era un pensador de los espacios vacíos, de los agujeros negros de la filosofía política. Puede que no lo pareciera porque sus soluciones, siempre medidas, siempre elegantes, tendían al pragmatismo, al ejemplo cotidiano, a los términos medios entre los extremos. Sus libros son edificios en los que encontramos personajes que conocíamos desde otras perspectivas,

con otros atributos; personajes que hablan entre sí y nos hablan desde un diálogo nunca interrumpido. Sin embargo, en mi modesta opinión, lo que realmente late tras todos sus escritos es una preocupación por el silencio, por aquello que no se puede comunicar a pesar de todos los esfuerzos por hacerlo, por la ausencia de puertas, por la intransmisibilidad de dogmas y principios.

Siempre se decantó por una tradición maquiaveliana y pragmática algo matizada, a medio camino entre el realismo y el idealismo, buscando soluciones que pudieran ir más allá del uso que de ellas quisieran hacer los intelectuales. Nunca concibió el pensamiento separado de la acción; en eso seguía la línea de sus maestros del pasado: Maquiavelo y Sócrates. Puede que su propia biografía influyera poderosamente en ciertos aspectos de sus ideas. Perteneció a la generación de la transición a la democracia en España, vivió de cerca tanto el «peligro de los ideales» como la materialización de ideas políticas de diverso tenor en la acción conjunta y consensuada de muchos para cambiar el régimen político de su país.

Su estilo, aparentemente sencillo y lineal en el desarrollo, engaña. Busca siempre el núcleo de los problemas, un eje central en torno al cual se ordenan los argumentos. Cuando lo encuentra, casi siempre resulta ser un *atopos*, un espacio vacío, un hueco, una escisión. Los que hemos seguido su obra creo que tenemos muy clara su faceta de descriptor, de ironista, de pragmático, pero mucho menos la de narrador en la sombra. A lo largo de los muchos años que dedicó a la lectura y la investigación fue diseñando, de hecho, un único relato, pefigurado ya seguramente en su libro *La senda del mal* y cuidadosamente meditado en muchas de sus partes.

En ***Sócrates furioso*** nos habló del **sujeto** de la acción, de sus orígenes, de cómo se crea la escisión entre el pensador y la ciudad, su comunidad de referencia. Es un libro sobre los inicios, sobre el origen de la reflexión crítica, pero también sobre el surgimiento de un individuo heroico que, alzándose sobre los demás, denuncia la necesidad de volver a definir los valores primarios, de reflexionar sobre lo que damos por sentado, de poner en cuestión lo incuestionable. Sócrates personifica la incomunicación entre el pensador y su comunidad política, entre los ideales y la realidad, entre defensores de la

tradición y propugnadores del cambio. Es una historia de desacralización en la que un ciudadano nos muestra que el cuidado de la comunidad política, de nuestro entorno más inmediato y de nuestras referencias más ciertas, puede requerir de adaptación a un contexto de evolución perpetua cuyo paso se refleja en el lenguaje. Un lenguaje entendido como herramienta plasmadora y gestadora de cambios. El Sócrates de Rafael nos enseñó que el lenguaje establece relaciones, tiene una vertiente dinámica, es la corriente que nos impulsa a través de ese experimento que encarnamos los constructores de ciudades. Con el lenguaje describimos la realidad pero, al hacerlo, no sólo transmitimos hechos sino una forma muy concreta de interrelacionarlos: el resultado no es una enumeración, es un relato. Un relato sobre la relación existente entre el mundo de las ideas, de los valores y el de nuestra realidad cotidiana. Lo central en esta historia es la potenciación de una racionalidad subjetiva capaz de analizar la realidad, argumentar a favor de su visión del mundo y vencer a sus iguales con el mejor argumento. El Sócrates de Rafael nos regala las inapreciables figuras del ciudadano *impeccable* o *implacable*, víctimas de la falacia socrática que constituye creer que del bien siempre se sigue un bien o que, como diría Cicerón muchos siglos después, lo útil coincide con lo honesto. Ambos modelos muestran las consecuencias de un encaje incorrecto entre los valores básicos y el mundo en el que deben aplicarse. En un caso nos conduce a un exceso de idealismo, en el otro, a una total falta de realismo.

En la obra de Rafael, Sócrates es el Prometeo del lenguaje que identifica las palabras fosilizadas por los sacerdotes y los guardianes de la comunidad devolviéndoles su elasticidad original. Como Prometeo, Sócrates entrega a los hombres una herramienta fundamental para su progreso. Como Prometeo, Sócrates paga esa heroicidad con su vida.

Si en el *Sócrates* Rafael nos habla de un **sujeto** ideal, en ***La república de Maquiavelo*** nos habla de la **acción** a desarrollar por ese sujeto. Sabemos que Maquiavelo es otro pensador del conflicto y la escisión que reflexiona en la estela de la tradición socrática tal y como fuera redefinida por Aristóteles. Pero, en su caso, lo fundamental es el *know how*, el saber crear espacios de libertad en los que las palabras puedan ser analizadas, resemantizadas, eliminadas o

creadas. Maquiavelo propugna una esfera pública libre y segura que sirva de escenario al debate y el consenso.

Del florentino aprendemos cómo diseñar una ciudad en la que existan esos espacios de libertad necesarios para reformar las comunidades cuando los valores hegemónicos básicos han dejado de resultar útiles. Su recuperación del republicanismo clásico es bien conocida así como su esbozo del ciudadano ideal. De sus páginas brota la idea de la *virtù*, necesaria tanto para crear una comunidad política como para mantenerla. Necesaria para garantizar y ejercer la libertad de decidir nuestro propio destino.

Maquiavelo reflexiona, con Sócrates, en torno a la tradición. Como el griego critica, ironiza y evita las convenciones. Pero si Sócrates rebusca en los principios, Maquiavelo husmea en las consecuencias. El florentino se centra menos en el proceso deliberativo y más en su punto de llegada: la elección. Una elección que, al no basarse en la falacia socrática según la cual del bien siempre surge el bien, resulta ineludiblemente trágica. Porque, si hay un autor pesimista respecto de la naturaleza humana y el papel desempeñado por el mal en el mundo, ése es Maquiavelo. Como Sócrates busca la virtud; el modo de formar ciudadanos con capacidad deliberativa y de juicio, críticos, irónicos, pero fieles a las leyes de la ciudad que los ciudadanos se dan a sí mismos. No define al virtuoso, pretende entender la virtud para poder formar en ella a unos ciudadanos capaces de garantizar (o recuperar) su seguridad, su libertad, la gloria que brinda saber dar forma al buen gobierno. El acento se desplaza del **sujeto** a la **acción**: a la *virtù* maquiaveliana que tiene un gran aire de familia con la *phronesis* aristotélica. El hiperactivismo maquiaveliano cansa de sólo leerlo: educación, esfuerzo (individual y comunitario) autodisciplina, participación continua en los asuntos de la ciudad; una apretada agenda de formación personal y colectiva que el florentino considera la única forma de evitar la degeneración y la pérdida de libertad.

El programa de formación que nos propone, Maquiavelo postula la autodisciplina para alcanzar la libertad en un entorno seguro. Es una autodisciplina llamada a dar paso a la ductilidad, la capacidad de adaptación a entornos nuevos. La lucha contra la rigidez y los techos de cristal se muestra

con igual intensidad en Maquiavelo que en Sócrates, los dos autores clásicos favoritos de Rafael. Hay que «moverse según los vientos de la fortuna y la variación de las circunstancias» decía el florentino en el capítulo 18 de *El príncipe*. La variabilidad de las cosas, el hecho de que no existan cursos de acción seguros, indica que no pueden existir reglas eternas y firmes que guíen la *virtù*. Lo esencial es la virtud de la adaptabilidad y ésta virtud no tiene regla. La regla es el virtuoso mismo; él es quien muestra cómo actuar exitosamente con vistas a un fin para que lo registren la historia y la tradición. De ahí la importancia del ejemplo histórico para el político: la historia nos muestra las consecuencias de actuaciones reales en momentos concretos. Ante la inexistencia de una regla fija de virtud lo que nos queda es una sucesión de hombres/mujeres virtuosos, que nos dan una regla parcial, limitada en su uso. La historia ejemplar que Maquiavelo hereda de los historiadores romanos, es una guía, una ayuda que nos brindan los grandes hombres del pasado. Es el *locus* de la gloria; el político, el príncipe, el ciudadano que consiga llegar a figurar entre los grandes fundadores y reformadores de la propia comunidad, vivirá eternamente revestido de gloria.

Si Rafael del Águila aprendió de Sócrates la importancia de las palabras, aprendió de Maquiavelo la importancia de los relatos que conforman nuestra historia y tradición. La historia es un método, una herramienta que nos guía a través de la variabilidad del mundo de las acciones contingentes. Si Sócrates nos dio el retrato del filósofo crítico, Maquiavelo nos dibuja un político hiperactivo, autodisciplinado y dúctil, nos orienta a base de ejemplos históricos más que de teorías y teoremas. Al igual que Maquiavelo, Rafael del Águila hace buen uso del ejemplo histórico en su siguiente libro, *El peligro de los ideales*.

En *El peligro de los ideales*, nuestro autor salta al **entorno, al contexto**: «¿qué debemos evitar?», diría Sócrates; o «¿contra qué debemos luchar?» diría Maquiavelo. El libro contiene ejemplos de regímenes políticos y valores absolutos para todos los gustos y Rafael del Águila cierra con él un ciclo, el de las ideologías, que ya fuera tema de sus primeros escritos. Probablemente nunca olvidado, simplemente sucesivamente trabajado en sus diversas facetas en los libros anteriores. Creo que concedía tanta importancia al estudio de las

ideologías porque éstas pretenden aunar todas las escisiones: vincular al mundo de las ideas con la acción en el mundo real, al ser con el deber ser, a la justicia con la política, al intelectual con el activista.

El último libro de Rafael del Águila pretende ser un diálogo directo con el lector. El tono directo, la diversidad e imparcialidad que denotan los ejemplos narrados desde diferentes perspectivas así lo confirman. Nada se libra de la crítica y/o la ironía: políticas de izquierdas, políticas de derechas, criterios civilizatorios, fundamentalismos religiosos, estrategias democráticas... todos y cada de estos discursos se analizan cuidadosamente, en referencia a su condición de constelaciones de conceptos, buscando conceptos clave, desentrañando la duplicidad en los significados o la incoherencia en su uso. Es un relato en el que volvemos a encontrarnos con escisiones, con espacios vacíos, con el desencuentro (¿inevitable?) entre las ideas y las realidades sociales y políticas.

El libro está repleto de buenos ejemplos del poder de las ideologías. La tesis que sostiene Rafael del Águila es que las ideológicas de emancipación, autenticidad y democracia explican en buena parte fenómenos extremos como la violencia, la guerra o el exterminio. Las constelaciones ideológicas sufren un proceso de dogmatización y cierre categorial reconvirtiéndose en un fanatismo político en cuyo centro aparece el agujero negro de un gran ideal que lo justifica todo y absorbe toda crítica, toda resistencia.

Así pues los ideales son peligrosos. Sin embargo, el autor no nos propone que huyamos de ellos y nos arrojemos en brazos del realismo o el pragmatismo romo. ¿Por un problema de principios? No, tan solo porque el realismo no ha dado históricamente mejores resultados que el idealismo a la hora de justificar o negar la dictadura, la violencia, la dominación y la exclusión. Como decía muy gráficamente Rafael: «ya que no podemos cambiar el mundo cambiemos de conversación».

Del Águila nos propone como nuevo tema de conversación lo que denomina las *políticas de medida*.

El núcleo de la **política de medida** es un imperativo categórico negativo que formuló Adorno y que podríamos parafrasear así: juzga y actúa de tal modo que Auschwitz no se repita. Es decir, juzga y actúa de manera que evites el mal mayor: la violencia, el genocidio, la muerte. Lo fundamental no serían los principios, sino las buenas consecuencias. La idea que debería regir la acción, es eludir la tiranía, cualquiera que sea la forma o la ideología que adopte pero sabiendo que para lograrlo, tendremos que adoptar decisiones trágicas, que nos veremos obligados a elegir entre males, no entre el bien y el mal. Rafael pensaba que creer otra cosa es infantilismo e impecabilidad porque del bien no siempre procede el bien, la justicia estricta no siempre produce resultados acordes al bien común democrático, lo honesto no siempre es útil. Creer lo contrario es basarse en una metafísica armonizante incompatible con una mirada al mundo mínimamente realista y veraz.

La política de la medida se sabe sin garantías ni fundamentos. Nadie, aparte de nosotros mismos puede determinar el nivel de tolerabilidad en los medios que usemos. Únicamente una deliberación abierta a todos puede señalarnos dónde no estamos dispuestos a llegar bajo ninguna circunstancia. Dónde afirmaremos: «¡Eso no lo haré!», dónde trazaremos una línea que no estamos dispuestos a cruzar. Y no hay ningún punto fuera del mundo que nos exima de estas deliberaciones y de estas decisiones difíciles: ni Dios, ni la razón ilustrada, ni la moral universal, ni la naturaleza humana. La única piedra de toque es el esfuerzo reflexivo y cívico de todos. Por eso la educación ciudadana es tan importante.

Lo que nos ofrece Rafael del Águila en este libro es un **dodecálogo** (igual marca darle tantas vueltas al providencialismo estadounidense) en el que basar esas políticas de medida. Nos invita a asumir con Camus (y con Aristóteles) que un hombre no es un dios (ni una bestia) y que nuestras posibilidades de discernimiento y acción eficaz son limitadas. A no pretender alcanzar los más altos fines sino a contentarnos con evitar los grandes males; a basar nuestro juicio en las consecuencias de nuestras elecciones y no los principios, a saber, con Maquiavelo, que la bondad no basta en política y a no eludir las elecciones difíciles, a renunciar a cualquier tipo de metafísica armonizante. A aprender a vivir sin garantías ni fundamentos y a trazar nuestros propios límites, a

aprender a estar solos....sin excusas; a fijarnos en la realidad que nos circunda, en los seres humanos reales que pueblan el mundo, es decir, a elegir pensando en las personas, no en los principios; a tener el coraje de tomar postura, de arriesgarnos como propusiera Maquiavelo eliminando de nuestro horizonte la duda paralizante que nos exime de intervenir; a aprender a vivir sin consuelo metafísico que nos cubra.

Como pueden comprobar, en *El peligro de los ideales* se toma buena nota de lo dicho en libros y artículos anteriores. El punto de llegada no es el diseño de grandes proyectos globales de perfección absoluta sino una política de lo pequeño, de las reformas, de los cambios, de la solución de problemas puntuales, la resistencia ante lo intolerable. **No se trata de hacer un ideal de la ausencia de ideales**; se trata sólo de asumir que los males políticos existen y seguirán existiendo sin que quepa erradicarlos por completo de nuestro horizonte de expectativas. Podemos, eso sí domar el mal, reducir el dolor concreto y la crueldad. Intentar crear un mundo si no justo, al menos «decente». Lo que requiere del realismo, la ejemplaridad, el hiperactivismo y la ductilidad de la política maquiaveliana; pero también del distanciamiento, la ironía, el examen racional y la puesta en cuestión de las enseñanzas socráticas. Un programa que se refleja bien en el pragmatismo norteamericano de otro pensador que siempre fue una de sus grandes inspiraciones: Richard Rorty.

El peligro de los ideales está en la asunción acrítica y/o poco ajustada a la realidad de nuestras ideas. Lo esencial no es carecer de directrices, lo esencial es adoptarlas sabiendo que siempre deben estar abiertas a la crítica y la reflexión, pero también a la experiencia y el sentimiento. Conviene estar siempre abierto a nuevas experiencias, por eso es fundamental garantizar espacios de libertad seguros en el seno de la comunidad política, espacios que alienten a la aventura, del saber, del actuar y, en definitiva, del vivir.

Consciente de que se le podía objetar que sus soluciones no eran soluciones, que su programa era «débil» y no constituía una auténtica guía de acción, Rafael señalaba que era el precio a pagar por la coherencia con sus propios presupuestos. Cuando no hay certeza ni seguridades, cuando dependemos de

un tipo de *virtù* que carece de reglas fijas en aras de una mayor versatilidad, debemos buscar el ejemplo, delimitar el entorno, aprovechar con Maquiavelo la **ocasión**. Lo que no significa que «todo valga» porque siempre habrá elementos de nuestra forma de vida, de nuestra identidad o de nuestras creencias a los que no estaremos dispuestos a renunciar (la capacidad de elegir, la libertad personal, una sociedad decente, etcétera).

Rafael creía posible defender posturas y creencias aún dudando de su perfección o ironizando en torno a ellas. Siempre tuvo presente el ejemplo de Sócrates: «Hay quien murió por sus ideas y su forma de vida, pese a que confesaba sin ambages, «sólo sé que no sé nada», decía Rafael en éste su último libro. Afirma que no se trata en absoluto de un programa «débil» porque sólo lo pueden desarrollar individuos y sociedades fuertes que no se engañen con cuentos de hadas y estén dispuestos a evolucionar hacia otras posiciones. **Éste es su legado**: los principios que nos constituyen no son menos firmes ni menos importantes porque los sostengamos tentativamente, la alternativa de las políticas de mesura es una alternativa perfectamente factible y el pragmatismo filosófico puede ayudarnos a hacerlas realidad.

Reaparece también en éste último ensayo la figura del intelectual que, en tanto que «experto en ideas», debe valorar, denunciar, reformular, informar, comunicar. Existe **una segunda parte de *El peligro de los ideales*** que Rafael nunca llegó a publicar. Estaba centrada, precisamente, en el papel de los intelectuales a lo largo de la historia. Al igual que en el resto de sus libros utiliza el ejemplo concreto, de hombres y mujeres específicos, con sus vidas, ciertas lecturas a sus espaldas y en situación de tomar decisiones trágicas en el seno del enfrentamiento discursivo que caracteriza al universo de acción en el que se mueve el pensador. Pensaba ofrecernos un retrato del intelectual en el que se aunara la *expertise* dialógica de Sócrates, su capacidad para plantear las preguntas correctas, con el valor de la experiencia, la ductilidad, la falta de maniqueísmo y el rebajamiento de presupuestos de Maquiavelo. Pensadores que se conforman y conformaron con el mal menor, con un poco de justicia, con mantener esas pequeñas libertades que son las que, en el fondo, nos hacen libres. Capaces de argumentar con destreza para imponer las mejores razones y prever las consecuencias más destacadas, capaces de elegir y

recomendar vías de acción aun sabiendo que toda elección es trágica y nos enfrenta a una pérdida. Capaces de ser calificados de conformistas, de poco ambiciosos, de meros «rebeldes locales», de atender a las necesidades de los hombres y mujeres que les rodean, de desarrollar la habilidad de escuchar.

Rafael del Águila cierra su último libro afirmando: «Tenemos por delante mucho trabajo que hacer». Y no se refería sólo a la necesidad de que la academia avanzara en la revisión de sus propios presupuestos. Tómenselo como algo personal, siéntanse interpelados a actuar en defensa de aquello en lo que creen, aunque sea tentativamente. Háganlo día a día en su casa, en su lugar de trabajo, en su sindicato o en su club de golf. Sean conscientes de lo que significa en nuestra tradición ser un ciudadano. Cuiden el mundo cuidando de *su* mundo, de nuestro mundo. Lean a Rafael del Águila y nunca dejen caer en saco roto el poder del ejemplo. Alaben sus libros o critíquenlos, muéstrense de acuerdo con él o ironicen sobre su propuestas: es lo que él mismo les pediría si estuviera entre nosotros.

Zaragoza, 6 de mayo de 2009